

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

DE LA COMARCA EL MUNDO DE LAS COSAS

...La bombilla que se funde tiene un momento de luz de luna...

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

... La paraula dringava finament, com un or...

CLEMENTINA ARDERIU

Devallo de l'ànima...

MANUEL BERTRÁN ORIOLA

¿No os pasa, a veces, que no sabéis como empezar? Pues bien, eso es lo que me pasa a mí, hoy; y se trata de empezar; poner la primera piedra. Estamos convencidos: puesta la primera palabra, las demás acuden, colegialas, cogidas de la mano; llenas de ese prodigio de asistencia que las palabras dan; llegan, van llegando, con airé de insólitas; pero no; si os fijáis, vienen a cumplir; a representar su papel; en auxilio de la pobre mente que suele ser la que no sabe por dónde empezar; fiel a les inmutables costumbres de la ilación; por lo bajo, con reprimidas voluntades de disloque —porque, en él, a veces, reside la gracia; nunca se sabe.

Pero hoy, la cosa es distinta; os lo aseguro; porque, hoy, pretendo aportar a vuestra consideración un ser múltiple y atractivo; digno de examen y espacio. Y porque se trata de la difícil síntesis, honradamente, no sé cómo empezar; y paro; pues, a poco que me descuide, el exordio se me comerá la sustancia dé lo principal.

Recuerdo predicadores, de los viejos tiempos, claro, de exordio extenso, latinazo, circunloquio, y escasa cosecha. No vaya a ser que caigamos en falta parecida.

¿Conocéis a Montserrat Pujol?

Bueno: doña Montserrat Pujol, viuda de Canals. Uno, con los tiempos que corren, va aficionándose a apeaar tratamientos; y más si se trata de personas a quienes, gracias a Dios, no se les caen anillos;

aunque los tengan, como Montserrat Pujol los tiene.

¿Conocéis a Montserrat Pujol? ¿No? No me extraña. Montserrat Pujol ama el silencio y la quietud de su rincón de trabajo; un trabajo inacabable, alegre y febril, que, en Montserrat Pujol, empieza en las paredes del corazón y acaba en la palabra, el color, el silencio de las cosas, la visita de un enfermo o el guiso de una carne con manzanas camuesas aquellas que dan blancura a los dientes y aroma a la ropa blanca.

¿No conocéis a Montserrat Pujol? Yo tampoco la conocía; acabo de conocerla; el azar quiso que, en un comercio, sonara una palabra clave.

Empezamos a hablar. Llego ahora de su casa, y me pongo a escribir para que no se me olvide nada; nada de ese mundo de las cosas en que Montserrat Pujol vive inmersa; nada de sus palabras; nada de cuanto he visto y oído y leído; nada de esa noble fiebre que Montserrat Pujol tiene en sus ojos claros; nada de lo que señalan sus dedos ágiles; porque todo es válido; todo digno de ser proclamado aquí. Hay palabras clave que ponen en marcha a las almas; hay encuentros providenciales de los que algún arcángel debe ocuparse para dar nacimiento a ondagaciones no usadas; amistades con aire de no perecer. Ha de haber un arcángel al frente del negociado de les afinidades.

A él le debo, amigos míos, el descubrimiento humano que para mí supone la existencia de Montserrat Pujol. La cosa está más clara que el agua: no se por dónde empezar. De la tienda salimos hablando como si tal cosa, como si tuviéramos una cita concertada desde siempre; íbamos hacia su casa, como si tal cosa; llanamente, hablando de lo nuestro. La casa de Montserrat Pujol está en Molina de Reí-, es una

muy antigua casa de campo transfigurada, comida por el auge urbano; inscrita en calles que parecen no existir cuando sólo se conoce la carretera, camino del río, donde un tiempo, en buena parte, hubo árboles que ya nadie recuerda; donde semáforos; y el «Esteve» con fama bien ganada da buen yantar, y buen trato. Porque Montserrat Pujol es de estirpe campesina, radicada desde siempre en ese delta de agua y verdores que es el Baix Llobregat; señora, señorial, ama de una copiosa generación que preside con sus ojos azul mar, y las suaves autoridades sostenidas en las columnas de una historia familiar recia y en ascenso; con arados y frutales; con caballerías de las que da fe lo que, en la casa, fue cuadra, hoy museo sentimental de Montserrat Pujol; con los comederos intactos; arados romanos y de dobla vertedera, como exvotos; todo cosido a recuerdos que Montserrat Pujol guarda con lírica avaricia, para que, en ella, nada muera del todo. Montserrat Pujol, viuda de Canals, tiene setenta y seis años, pero con energías insólitas; claridad en la mente, gobernada por el orden; curiosidad que va de Dios al grillo, al retal, al pájaro, al poema, a la forma; a la vida; al llanto de un bisnieto; a la última inquietud del alma o del cuerpo. Unos trescientos folios, en el haber, de labor poética de impecables formas; porque poéticos son también sus ensayos en prosa, las narraciones; sus diálogos escénicos.

Pero resulta difícil describir a Montserrat Pujol de cuerpo entero; mejor diría de alma entera. Montserrat Pujol pinta; pinta usando pintura industrial; pinta sobre madera, cartón, cristal, papel; pintura abstracta; milagro de la mancha, de la que surgen esas figuras inciertas que suelen ver los niños, educados en el lirismo sobrerreal de la tinta

entre dos papeles. Montserrat Pujol, lectora de Ruyra, Verdaguer, San Juan de la Cruz, de las «cortesías» espirituales de Francisco de Sales, es una enamorada del orden:

... *Contemplo l'univers
I adoro l'ordre...*

El orden -mental, espiritual, físico- es para ella sosiego y paz; con calidades de provechoso punto de partida para cualquier actividad. Aparte la poesía y la pintura -y no digamos ya la teresiana dedicación a pucheros y problemas del grupo familiar que preside— no puede silenciarse su total entrega al mundo de las cosas que sus manos acogen, gobiernan, aman, acarician, resucitan, recrean. No hablamos de esos objetos que son gráficas pruebas de su historia sentimental; no; hablarnos ahora de su amor por las ínfimas cosas que todo el mundo repudia; su casa es como un asilo de humildes cosas, cuidadosamente catalogadas, que ella, con sus manos incansables, devuelve a la vida: botones, cordeles, cabos sueltos de pasamanería, cuerdas, trajes, sombreros, medias, retales... Infinitas cosas que ella transfigura en collares, almohadones, figuras, dijes, flores, cuadros, cuencos... Un universo de objetos bellos que la rodean; llenos de esplendor y da gracia; pagándola así, con usura, ese amor -como Gaudí tenía- por las cosas teóricamente inservibles. ... Se nos hizo tarde en su casa, de sorpresa en sorpresa. Al salir, nos parecía haber vivido unas horas en el inefable país de las resurrecciones.

Al salir, leídos sus versos con detención, vista su pintura, contempladas las adictas cosas que la rodean, pensamos: en «Víctor Catalá» (Montserrat Pujol tiene, como ella, escrutadora la mirada, las manos llenas del milagro de la intuición, el nervio incontenible...); en Ramón Gómez de la Serna, sus objetos, sus conferencias de maleta, su audaz visión de la realidad; en José M^a. Gol rodeado de los más disparas objetos, dignificados por su adhesión; en el alcance de sus ensayos sobre la materia para las expresiones pictóricas abstractas;

en la fe que cruza como un eje, un axioma, la poesía de Manuel Bertrán Orióla; en el registro poético de los acontecimientos de su vida familiar que contiene la obra poética de Clementina Arderiu nacido de una emocionante sencillez; en la pintura, entre sombría y esperanzada de Bual, el abstracto portugués, cuyas obras contemplábamos hace unos años en su piso, al atardecer, por las afueras da Lisboa... ¡Atrayente ejemplar humano, esta poetisa de Molina de Rei, a quien conocí por la intervención del arcángel de los encuentros providenciales! En sus versos están los grandes temas. El tiempo:

... *en el temps s'es muny
com una cosa grisa...*

Nada es válido, cuándo la muerte:

... *tot és caduc. Joies i sedes
ran del portal del més enllà...*

Las cosas; las cosas más humildes que ella transfigura; las cosas están en su plegaria:

... *Feu-nos, Senyor vibrar en
[totea les coses...
traient d'arrels terroses flors
[gemades...*

Y la voluntad de creación:

... *Sense crear, en el pensament,
la vida és buida...*

El tiempo...; el tiempo que Montserrat Pujol tiene para todo... incluso para visitar, sin prisas, a los enfermos; la obra de misericordia, aquí en tono de canción; la caridad como retozo del alma:

*L'hospital somriu,
perqué una rialla
amb claror d'estiu
fa de flauta i gralla...*

La poesía; la poesía, razón de consuelo; fuente de claridades:

... *La poesia avui m'ha obert
[els ulls...
i s'ha emportat la tenebra
[somorta...*

La fe, rotunda, sin lugar a dudas, camino de las gratas regiones de la esperanza:

... *La fe ho ablana tot,
tot ho suavitzo...*

Sin lugar a dudas; pese a las hondas interrogaciones que envuelven; sin lugar a dudas, Dios está en las cosas, las bellas cosas del mundo:

... *On sou, Senyor? si en cada
cosa alena un flam de vos que
fa la vida bella...*

Pero también las cosas, las más «elementales», sometidas a su lírica definición, con algo de implícita greguería; los figurines, el dedal, la tijera, las agujas, los alfileres, los botones, la cinta métrica (diciendo las verdades descarnadas a la silueta).

Los meses del año; con nuestra predilección por su noviembre; los crisantemos: “*esponges rodones per eixugar el plor...*”; y la tinta: “*vena del univers*”; y los “*angels com gavinas*”, de una de sus «nadalas»... Y el silencio; la “*melodia del silenci*”, a la manera de la «soledad sonora» del carmelita; y sus elogios de la palabra... la sobrecedora sencillez de la palabra...

Y los objetos de escritorio (pluma, secante, carpeta, regla, papelería... y la “*pianola diminuta*” de la máquina de escribir...) ... Y la perfecta traducción de los tercetos de Fray Luis sobre la mujer de los Proverbios; viva estampa de la «*perfecta casada*», casera, industriosa, amante... Y el extenso renglón de la poesía de circunstancias: desde la muerte del atleta Joaquim Blume a poemas para la primera comunión de sus nietos o al indefenso dolor del desbordamiento del Llobregat... Villancicos; poesía de humor, con voluntad de denuncia y reflexión moral... aleluyas; octavas; perfectas octavas de arte menor.

...Tomen nota: Montserrat Pujol; un prodigio de intuición poética; de infusa sabiduría, señorío; un universo personal e intransferible. No puedo quitármela de la cabeza.

José CRUSET